

Santo en París, porque no podían comprender estos actores cómo se trataban tan superficialmente y sin preparación unas ceremonias religiosamente tan importantes, confesando que ellos se tomaban "más trabajo para poner a punto obras de teatro insignificantes" que los frailes ante algo tan importante.

Es un libro de religiosidad madura que pone en primera línea al San Juan de la Cruz desmitologizador, y que al mismo tiempo es profundamente creyente; y pretende que los católicos de hoy aprendan de él a aunar más coherentemente y de modo más profundo ambas cosas: la desmitologización y la fe vital. ■ E. MIRET MAGDALENA.

## "El fin de la eternidad"

Mucho se ha discutido sobre si el género debía llamarse "ciencia-ficción", "ficción científica", "fantascencia" o varios términos más: el caso es que nos entendemos, virguerías aparte. Cuando se habla de autores como Ray Bradbury o Isaac Asimov, hasta los menos informados los incluyen en el género.

Isaac Asimov es, desde luego, un clásico de la ciencia-ficción y, por seguir en la tradición del gran anticipador, Verne, no sólo confía en la imaginación, sino que sabe científicamente de qué se trata cuando se pone a escribir. Es bioquímico, y probablemente no haya un campo de la ciencia donde sean más fascinantes las mutaciones, conquistas y esperanzas. Ello forzosamente ha de influir en un hombre que, además, quiere siempre transmitir literariamente su pasión por la aventura del hombre de hoy.

Otro pilar sustenta además la novelística de Asimov: su interés en divulgar popularmente el estado actual de la ciencia y las dudas sobre las que va asentando su avance. En sus ensayos, Asimov apuesta evidentemente por la claridad, y el estilo de sus novelas no puede tender más al gran público; en este sentido, Asimov rechaza toda superflua complicación formal, y busca el efecto directo, de la misma forma que un buen escritor policíaco.

Una obra absolutamente sintomática de sus intenciones y su modo de hacer es "El fin de la



Isaac Asimov.

eternidad" (1). No sólo es una novela clásica en relación con los esquemas habituales de un género en el que a veces tiende a confundirse esquema y tópico, sino que también lo es con respecto a la producción toda de Asimov. Está aquí algún tema tan inseparable de él como el viaje en el tiempo (con sus subdivisiones en hipotiempo, hipertiempo, etc.); está asimismo el héroe —tan americano— que quiere identificar eficacia y destino propio (es un ejecutor); está el necesario ambiente de dictadura tecnocrática, sin rostro ya, sin otra razón de ser, sin otro mensaje que el funcionamiento mismo: el control; está el ritmo ascendente, agobiante, tan claramente policíaco, a través del que el autor va poco a poco insinuando algo más terrible que lo leído hasta entonces, guardándose siempre cartas en la manga; está, cómo no, la historia de amor que se enfrenta contra toda programación totalitaria, contra barreras de tiempo y espacio; y está, además, la ironía más o menos implícita, tan asimoviana, el relativismo adecuado al universo que nos ofrece, por otro lado aún más alucinante puesto que ya resulta comprensible desde el que nos ha tocado vivir.

Inquietador, moralista, humorista, fabulador: todo ello se cita en el estilo de Asimov. Es un escritor que probablemente gustaría de no verse etiquetado

(1) Ediciones Martínez Roca. Barcelona 1977.

como "autor de ciencia-ficción", pero que en su propio aliento lleva las grandezas y miserias del género. Hay en él mucho más de Lovecraft que de Poe, mucho más de artificiosidad imaginativa que de demonio personal: sus páginas están repletas de mayúsculas simbólicas: Eternidad, Finge, Observaciones, Programador, Tiempos Primitivos, Siglos Ocultos. Pero Asimov no es oscurantista, sino todo lo contrario. No hay planteamientos brujeriles en su literatura; tampoco —y ahí reside lo ventajoso de su identidad— hay una moralina del progreso: es evidente que su visión de nuestro mundo (pues, ¿a qué otro mundo va a dirigirse cualquier género literario, por muy de futurista que se engalane?) excluye el optimismo ciego: el mundo del Cambio Programado, del Gran Consejo, del imperio de las Computaplex es éste de aquí. ■ MIGUEL BAYON

## CINE

### "El gato caliente"

La avalancha de títulos prohibidos que pretenden ahora ponernos al día en cuestión de segundos permite proyectar en estos momentos en los cines españoles el legendario "Fritz the cat", de Ralph Bakshi, inspirado en los no menos populares dibujos de Robert Crumb. Con el primitivo título de "El gato caliente" (que quiere seguramente aprovechar el éxito de aquel "Conejo caliente", traducción a su vez estúpida de "Le chaud la-

pin", que quiere decir más exactamente "El ligón"), "Fritz the cat" ha tenido un lanzamiento publicitario "standard" o en cualquier caso oportunista sin que se hayan destacado mínimamente los valores que en su día (1972) hicieron de esta película un éxito popular: romper definitivamente el amilbaramiento de los dibujos de Walt Disney (aludidos expresamente en un momento de la película en que el ratón Mickey, el pato Donald y otros celebran entusiasmados la llegada de las fuerzas del orden), para proponer en su lugar una visión más ácida e irónica no ya de la vida de los animales (que nunca fue ese el propósito de Disney), sino el de los personajes humanos que representan. En este sentido, "Fritz the cat" se ofrecía como una panorámica crítica de los años sesenta americanos vistos desde el lenguaje de la caricatura. Drogadictos, revolucionarios, movimientos reivindicadores negros y el mundo de la liberación sexual son contemplados en "Fritz the cat" con ese desparpajo impune con que muchos humoristas defienden su derecho a reírse de todo o de cualquier cosa.

Sin embargo, ese sano ejercicio del humor que desmonte tópicos y mitos, que acerque los totems a lenguaje común, entendiendo sus particularidades y facetas grotescas, necesita, a mi juicio, un cierto orden de valores. Puestos a hacer risas no parece normal establecer un denominador común a fuerzas contrapuestas si el ángulo desde el que se observa no es el del cinismo (tan cercano, por otra parte al de la reacción). Hay una inevitable toma de partido que no significa —ni tiene que significar en



El gato Fritz, dibujado por Robert Crumb.